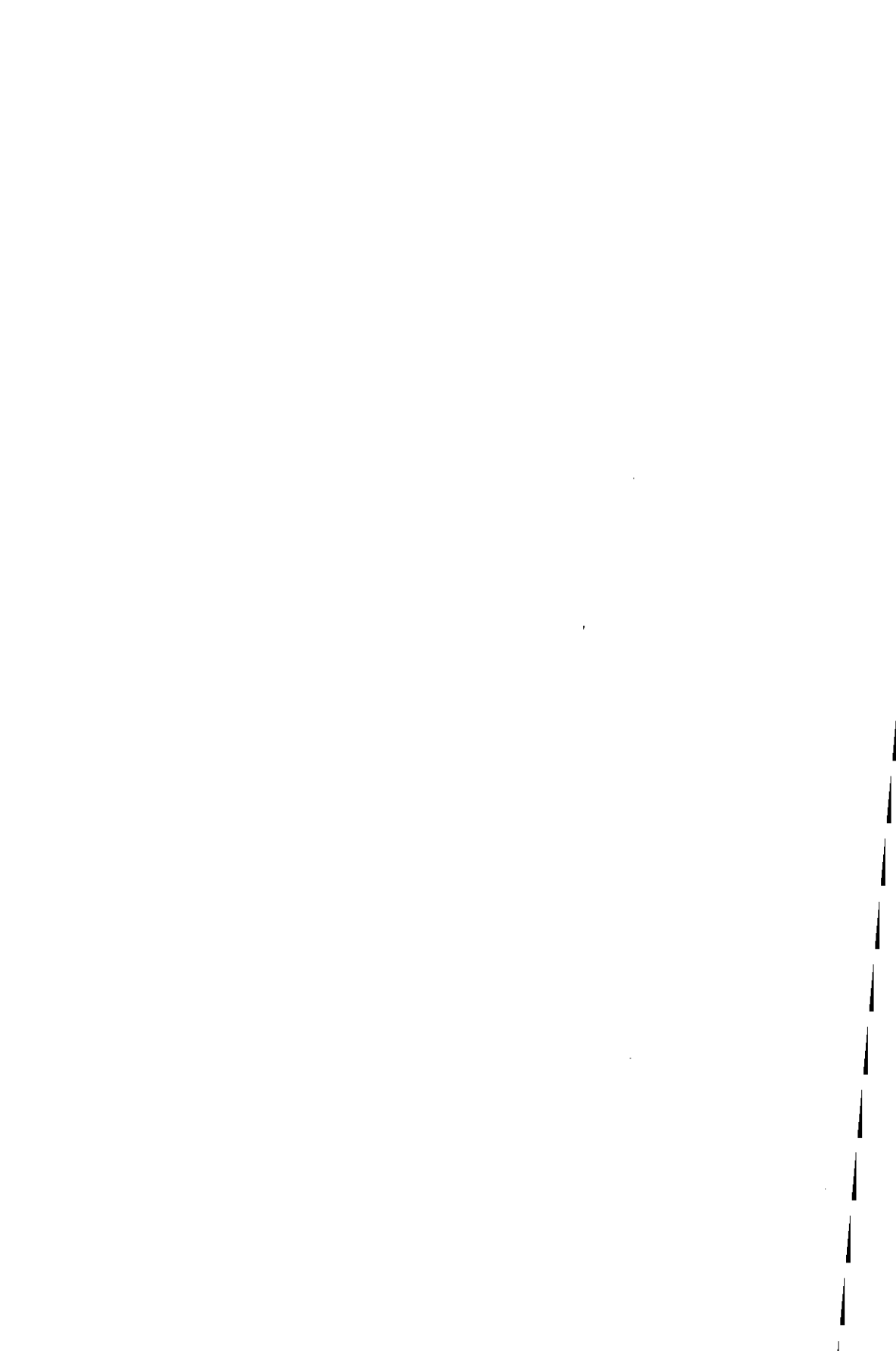


**LAS INFANTAS TOLEDANAS, HIJAS
DEL MONARCA GODO ATANAGILDO, Y
LAS TRAGEDIAS DE LA FAMILIA REINANTE
FRANCESA**

Por Juan Francisco Rivera Recio



Hace ya tiempo que reviso con asiduidad y constancia las fuentes históricas más antiguas francesas, aquellos relatos que motivaron el dicho *gesta Dei perfrancos*. La finalidad que intento con semejante investigación consiste, dados los muchos años de vecindad que tuvieron los merovingios con los visigodos, en los cuales surgieron enfrentamientos, acuerdos de paz, trámites para enlaces matrimoniales, etc., poder encontrar en los autores franceses algunas frases, que completen y expliquen el laconismo y la austeridad de las fuentes hispanas.

Afortunadamente mi intencionalidad no resultó fallida, pues entre otras cosas, pude hallar noticias y ampliaciones sobre la familia real del monarca visigodo Atanagildo, silenciadas por las fuentes y relatos hispanos. He pensado que, al tratarse de personajes toledanos el tema era adecuado para exponerlo en esta revista, cuya primordial finalidad consiste en destacar los valores y hechos históricos de todos los tiempos, cuyos protagonistas tuvieron alguna relación con Toledo.

Los monarcas visigodos en la Península

A mediados del siglo VI todavía no se habían asentado los monarcas visigodos en Hispania, aunque hacía varios decenios que habían sido derrotados por Clodoveo en Vouillé y expulsados de la Narbonense, después del abandono por los ejércitos romanos. Es cierto que habían verificado incursiones al sur de los Pirineos con resultados favorables, que habían establecido su corte en Barcelona y ocupado vastas regiones del interior, en torno a Palencia y lugares limítrofes; pero aún quedaban muchos territorios por ocupar.

Pero estos años de supervivencia les habían demostrado que existían muchos focos de resistencia de los indígenas a la dominación visigoda y que, según parece, los visigodos no tenían conciencia de ser un pueblo

homogéneo, pues entre ellos eran los individuos más audaces los que se esforzaban por imponer su dominio. Uno tras otro estos caudillos habían sido asesinados, dando la impresión de que los que apetecían el trono se libraban de sus posibles competidores, dándoles muerte para ocupar su puesto. Sistema de sucesión que escandalizó a San Gregorio de Tours ¹, olvidándose de que los asesinatos por la apetencia del poder no fue un mal endémico y privativo de los hispanos, ya, que como él mismo se encargará de demostrar, tal manera de proceder entre los merovingios, estaba a la orden del día.

Con tan expeditivo sistema sucesorio habían sido destronados los cuatro últimos reyes; el último de ellos Agila, considerado como un dictador, había sido eliminado. Se encontraba Agila sofocando una insurrección de los cordobeses y había fijado en Mérida su residencia; tenía cercados a los insurrectos en Córdoba, pero se puso al frente de ellos un nuevo jefe, Atanagildo, quien viéndose en apuros para vencer las fuerzas de Agila solicitó ayuda a los imperiales bizantinos, quienes en plan de recomponer el caído Imperio Romano, habían ocupado territorios del norte de Africa y desembarcado en la Bética y luchaban unidos a las fuerzas insurrectas de Atanagildo.

Se dieron cuenta los efectivos de uno y otro bando de la guerra civil y convencidos que esta sangría fratricida únicamente favorecía a los bizantinos, se unieron a las tropas de Atanagildo, después de la muerte de Agila. Todos juntos ahora contra los invasores bizantinos, entablando una lucha que duraría más de cincuenta años, pues hacia el 554 los imperiales parece que habían logrado una nueva cabeza de puente, apoderándose de regiones de la España cartaginense ².

El monarca Atanagildo y su familia

Atanagildo reinó desde el 554 hasta el 567. De religión arriana, pero muy tolerante en transigir con los adeptos al catolicismo, no se registran síntomas de oposición alguna durante su mandato por motivos religiosos. Fijó la residencia de su corte en Toledo, ciudad central para supervisar la sumisión de todas las tierras de su reino y poder atender a los posibles focos de insurrección en cualquier parte de él; emprendió escaramuzas con diverso éxito contra los bizantinos, llegados anteriormente como aliados.

1 Gregorio DE TOURS, *Historia francorum*. III, c. 30. Sumpserunt enim gothi hanc detestabilem consuetudinem ut si quis eis de regibus non placuisset, gladio eum appetuerunt et qui libuisset animo, hunc statuerunt regem.

2 Conf. R. DE ABADAL, *Del reino de Tolosa al reino de Toledo*. y E.A. THOMPSON: *Los godos en España*. (edic. española) Madrid 1979, c.1.

Estaba unido matrimonialmente con la reina Godsvinta. Su reinado debió ser generalmente tranquilo y de cierto renombre y prestigio; del esplendor de él nos dice su contemporáneo Venancio Fortunato:

Nobilitas excelsa nitet, genus Athanagildi
longius extremo regno, qui porrigit orbi
Dives opum, quas mundus habet, populum gubernat
hispanum sub iure, pietate canenda...³

De esta unión sabemos que, al menos, nacieron dos hijas: Gelesinda y Brunequilda, nacidas en Toledo con suerte desigual, aunque ambas se desposaron con reyes merovingios, y de ella nos dice en su composición métrica Fortunato⁴

Toletus geminas misit tibi Gallia turres:
Prima stante quidem, fracta secunda iacet.
Alta super colles, speciosa cacumine pulchro
flabitus infestis culmine lapsa ruit.

La razón de estos desposorios con reyes merovingios de estas dos infantas españolas nos la cuenta Gregorio Turonense, como se verá a continuación.

La herencia y los hijos de Clotario I

El rey merovingio Clotario (558-561) dejó a su fallecimiento cuatro hijos: Carimberto, Gotranno, Sigiberto y Chilperico. El reparto del territorio entre sus hijos llevó en su entraña los gérmenes de guerras civiles fratricidas. De los cuatro hijos herederos sólo ahora nos interesan los dos últimos: Sigiberto y Chilperico.

A Sigiberto le correspondió la parte oriental de Francia, llamada Austrasia, estableciendo su capital en Reims, trasladándola después a Metz.

Refiere el Turonense que, al observar Sigerico la baja extracción social de las mujeres con quienes convivían sus hermanos, pensó en buscarse para esposa una princesa extranjera. Ignoramos si tenía o no algún conocimiento de la persona elegida; el hecho fue que despachó una embajada a Toledo, corte del monarca visigodo Atanagildo, para solicitar para espo-

³ FORTUNATO. *Miscellanea*. c.7.ML. 88,216

⁴ *Ibidem*.

sa la mano de su hija menor Brunequilda. La expedición fue encomendada al maestro de palacio Gogón, quien se entrevistó con el monarca visigodo, a quien expuso el objeto de su embajada, ofreciendo muchos regalos para abonar su petición. Atanagildo acudió y envió a su hija menor para Reims. La principesca comitiva atravesó gran parte de Francia, mereciendo el encargado de la embajada unos versos lauatorios donde exalta el acierto de la embajada, ensalzando a la joven elegida:

nuper ab Hispanis per multa pericula terris
egregio regi gaudia summa vehis.

La recepción de la infanta toledana fue jubilosamente celebrada; la esbeltez y la figura de la española hubo de complacer a la real familia; la simpatía y atracción que despedía su persona estuvo colmada de comentarios favorables ⁵.

Viniendo de España y arrancada de una familia goda, quien tenía como patrimonio nacional la adhesión al arrianismo, era muy natural que la joven princesa profesase la creencia arriana. Pero muy pronto comenzó a ser catequizada por obispos merovingios y, aconsejada además por su esposo Sigiberto, no tardó en abrazar la religión católica, en la que fue "crismada", para usar la terminología de la época.

El matrimonio, celebrado por toda la corte entre festejos y alegría, proporcionó a Sigiberto una época de felicidad insospechada y la tranquilidad de haber acertado en la elección de esposa y la convivencia entre la regia pareja se manifestaba ante los ojos de todos como un idilio de amor y de ventura. El ya citado V. Fortunato compuso para celebrar esta armonía conyugal un bello epitalmio, en que las venturas solicitadas para los cónyuges están esmaltadas con frases que rezuman paganismo, ya que pide para ellos los dones que deben otorgarles tanto Eros como Cupido ⁶.

Este matrimonio feliz fue un testimonio patente de que Sigerico había acertado al solicitar la mano de una doncella de sangre real española y este acierto hubo de impulsar a compartir la misma suerte hermano de Sigerico, Chilperico. Este se desentendió de las mujeres que convivían con él, incluyendo a la más intrigante de todas ellas, Fredegunda, y de nuevo se marchó a España una embajada para solicitar de Atanagildo que le concediese en matrimonio a su hija mayor Gelesinda, de cuya existencia y dotes debió tener noticia por las referencias de su cuñada Brunequilda, a la

5 El Turonense nos describe así las condiciones de la doncella. *Hist. franc.* IV, 27. "Erat enim puella elegans opere, venusta aspectu, honesta moribus atque decora, prudens consilio et blanda colloquio" y el mismo sentido la describe V. FORTUNATO: "Pulcra, modesta, decens, solers, grata atque benigna, ingenio, vultu, nobilitate potens". I. VI, c.3.

6 FORTUNATO.—*De nuptiis Sigiberti regis et Brunehildis reginae*. l.c.II.

que las fuentes francesas denominan Brunehaud. Se hizo saber al monarca español que el pretendiente francés, que había sido muy mujeriego, estaba dispuesto a renunciar a todos sus amoríos y a tomar como única esposa a la princesa española Gelesinda, para quien ahora solicitaba la autorización paternal, porque quería que ella fuera la madre de la futura prole real.

El monarca visigodo accedió también ahora a la petición del soberano francés y envió a su hija mayor para que se desposara con el rey Chilperico, siendo agasajada a su llegada con solemnes demostraciones de afecto.

También instruida por los obispos franceses, abrazó la religión católica. Fue dotada por su padre con magnificencia, con ricas posesiones del suroeste francés entre Limoges y los Pirineos.

Este nuevo matrimonio vivió feliz y dichoso durante algún tiempo; pero las redes de la repudiada Fredegunda se iban estrechando cada vez más en torno a su pasado amor, Chilperico. El enamoramiento renovado del rey por su antigua amante no pudo pasar mucho tiempo inadvertido para la legítima esposa Gelesinda, quien se quejó amargamente al rey de la conducta que observaba con ella, llegando a amenazarle, si no cambiaba de conducta, con recoger sus bienes dotedales y volverse con sus padres.

Pero Chilperico, habiendo tratado el asunto con su antigua querida Fredegunda, tomaron entre ambos sus medidas y con mentiras y arreglos hizo creer a su legítima mujer que sus quejas se reducían a ataques infundados de celos. Pero ante la insistencia y las series de amenazas de la reina, la pareja adúltera tomó la criminal decisión de deshacerse de la legítima consorte.

Fue llamado un servidor incondicional del rey, le impusieron al tanto de la situación y le sobornaron para que diese muerte a la esposa engañada. El servidor fue muy obediente en ejecutar la comisión encargada y, al penetrar Chilperico en la cámara nupcial, encontró a la reina asesinada sobre el lecho.

Hipócritamente el rey viudo demostró su pena por la desaparición de su cónyuge; pero al poco tiempo toda la corte pudo presenciar los desposorios de Chilperico y Fredegunda.

Ya antes de esta boda Chilperico había tenido tres hijos de un matrimonio precedente: Meroveo, Teodoberto y Clodoveo, que serían desde ahora los hijastros de Fredegunda, la cual fue motejada siempre por el pueblo como asesina de la reina Gelesinda.

La noticia de este repugnante crimen no pudo por menos de ser conoci-

da en España, pero no nos consta que haya dejado en las fuentes visigodas referencia alguna.

El poeta Venancio Fortunato, quien alborozado, había cantado en un sentido epitalamio las dulzuras y felicidades del matrimonio de Brunequilde y Sigiberto, tuvo meses después que enfundar su cítara para llorar en una sentida y larga elegía la desaparición de la asesinada Gelesinda, cuya desastrosa muerte deplora, culpando a Toledo de que permitiera que aquella infanta saliera de su seno y asociándose al dolor de la reina madre, ante quien evoca las escenas de la infancia de su hija, cuando la acunaba en sus brazos ⁷.

Tanto las gentes del pueblo como los hermanos del rey hicieron recaer sobre Chilperico la culpa de la muerte de la reina, arrojándole del reino.

Juntamente con este juicio sobre Chilperico se inicia la nefanda historia de Fredegunda, mujer pérfida, verdadero demonio familiar que dejará un reguero de sangre a su paso por la historia, pues sus crueldades van a ser la espina dorsal de todas las tragedias que se cernieron sobre los individuos de la casa reinante de Francia. Ella será la promotora intrigante de las muertes y crueldades, significándose en una época entre cuyas negruras es muy difícil destacarse.

Nuevas intrigas contra Sigiberto y Brunequilde

Aunque la feliz pareja que los reyes de Austrasia, Sigiberto y Brunequilde, no estuvieran exentos de defectos, propios de los personajes de esta época dura, no se puede dudar de que dieron ejemplos de recta conducta; fueron padres de al menos dos hijos, Childeberto II, que sucederá a su padre, e Ingunde, que matrimoniará después con el príncipe godo Hermenegildo, de trágico fin. El papa San Gregorio Magno felicitó a la reina por la educación dada a su hijo ⁸ y la alaba, aunque también le reprocha el que permita que en su reino se consientan aún prácticas de simonía, insitiéndola para que reuna un concilio y felicitándola por las fundaciones de caridad promovidas por ella.

Por otra parte Sigiberto, que tenía cuestiones territoriales pendientes con su hermano Chilperico, estando en París, recibió a súbditos francos que anteriormente habían pertenecido a Chilperico y a sazón se habían

7 V. FORTUNATO, l.c.c.7. Sic gremio, Tolete, tuo nutriebat ut aegra excludar portis tristis alumna tuis?. Urbs pia plus fueras, si murus tota fuisses, me ire ne sineres, cingeret alta silex... Quid me dimittis, dura Tolete, vale...

8 Gregorio MAGNO, *Registrum*, VI, 5; VIII, 4, IX, 213; XI, 46, 49. JAFFE-WATTENBACH, 1349, 1491, 1837, 1840.

pasado a la facción de Sigiberto. Trasladándose a la localidad de Vitry, se reunió con el ejército y se le proclamó señor del territorio, elevándole sobre un escudo. Se destacaron dos jóvenes, aleccionados por Fredegunda, y con puñales envenenados, simulando tratar otra cuestión, se abalanzaron sobre Sigiberto y le clavaron los puñales en los costados, ocasionándole la muerte, así como también a algunos de los partidarios del muerto, siendo Sigiberto enterrado en la iglesia de San Medardo, que el difunto había mandado edificar. Cumplía a su muerte catorce años de reinado y fue sucedido por su hijo Childeberto II ⁹.

La triste historia de Meroveo

Meroveo era hijo de Chilperico y de su primera mujer Audovera, a cuyo servicio estuvo la intrigante Fredegunda. Como hubiese nacido una hija a su señora, a la que pusieron por nombre Childesinda. Fredegunda aconsejó a su señora que fuera ella misma la madrina bautismal de su propia hija. Como el apadrinamiento constituía parentesco entre el padrino y el apadrinado, el impedimento de afinidad importaba los mismos derechos y obligaciones que el de consanguinidad y, por consiguiente era inmoral que un padre pudiera hacer vida marital aunque fuera puramente bautismal con la madre de su hijo. Fue así imprescindible que Audovera se separara de su marido, y de hecho tomó el velo y profesó en un monasterio de Le Mans, mientras Fredegunda comenzó a tejer la trama para convertirse en la esposa de Chilperico, sobre todo desde el momento que se apercibió de que el rey sentía afición por ella ¹⁰. De esta forma, Meroveo quedó bajo la tutela sospechosa de su madrastra Fredegunda, que veía siempre en él un serio obstáculo para que alguno de sus hijos se sentara en el trono de su padre.

Por su parte Meroveo, después del asesinato de su tío Sigerico y bajo la dirección del obispo de Soissons Pretextato, quien le había administrado el bautismo y se gloriaba de tenerle como hijo espiritual, ante el despego familiar que encontraba en sus padres, la estancia en la residencia paterna le resultaba insoportable y para esquivarla se refugió en un monasterio, donde recibió desde la tonsura hasta el presbiterado juntamente con la formación clerical. Pero huyó del monasterio y, tras muchos años de residencia, estando en la basílica de San Martín de Tours, tuvo noticia de que Fredegunda había enviado un emisario suyo, diciéndole: "Si puedes hacer salir a Meroveo de la basílica para que sea muerto, recibirás un gran regalo". Por el momento pudo esquivar la asechanza y Meroveo,

9 Conf. L. BREHIER— R. AINGRAIN, *Storia della Chiesa*, V, 350. Torino, 1945.

10 Gregorio DE TOURS. *o.c.* l.v.c. 19. "Filius enim mihi erat, ut ut saepe dixit, spiritualis ex lavacro".

atraído por la belleza, simpatía y buenas cualidades de su tía Brunequilde, frecuentaba su residencia y hospitalidad. Como esta reiterada convivencia de tía y sobrino en una misma mansión daba lugar a habladurías y como por su parte Meroveo había pedido al obispo Pretextato que le desposara con su tía, el obispo accedió a unirlos en matrimonio para acallar maledicencias.

Esta acción controvertida del obispo fue muy coléricamente acogida por Chilperico, el padre de Meroveo, y por su mujer. El rey, enfurecido, reunió un concilio en París ¹¹, en el que el mismo monarca acusó a Pretextato que estaba presente, increpándole: “¿Qué te parece a ti, obispo, haber unido en matrimonio a Meroveo, que es rival mío, y que debía portarse como un hijo, con su tía, esto es, con la esposa de su tío? ¿Ignoras acaso que esta conducta tuya está prohibida por los cánones? No es ésto lo que has cometido punible, sino que además sedujiste por dinero a mis seguidores para que me mataran. Hiciste al hijo enemigo de su padre, haciendo que nadie me rindiese pleitesía y quisiste entregar mi reino a manos de otro”. Pretextato negó tales acusaciones; se adujeron testigos falsos que aseguraron haber recibido del obispo regalos para que prestaran fidelidad a Meroveo. El obispo se justificó diciendo que en verdad había repartido regalos, pero nunca para que el rey fuera destronado: “porque si vosotros y otras buenas gentes me habíais hecho algunos servicios, ¿qué podía hacer sino remuneraros de mi parte?”.

El enfrentamiento entre el rey y el obispo fue violento y comprometido, sobre todo cuando al día siguiente y ante la asamblea de obispos, el prelado de Tours, Gregorio, defendió arduosamente a Pretextato contra el silencio y la confabulación de casi todos los demás con relación al inculpado obispo de Soissons, al que se le hicieron llegar dos palaciegos para comunicarle que de los congregados ninguno era más enemigo del rey que él. Y ya de noche se hizo llegar a Gregorio de Tours una misiva de la reina Fredegunda, prometiéndole doscientas libras de plata si permitía que el obispo de Soissons fuera humillado; ante la negativa del Turonense, se secuestró a Pretextato apartándole del trato con todos los demás obispos, siendo desterrado a una isla de Normandía, llamada Coutances.

Entretanto, los amigos de Pretextato, para dulcificar la tensión entre el rey y el obispo, convencieron a éste que, aunque era inocente, se considerase culpable de los cargos que se le imputaban, porque si así lo hiciera todos los obispos se echarían a los pies del rey y le aseguraron que el soberano le perdonaría; pero las suposiciones de los amigos de Pretextato resultaron fallidas. El obispo aceptó pasar por esta humillación que le aconse-

11 Gregorio DE TOURS. *o.c.* l.v.c. 19. Del concilio de París, celebrado en la iglesia de San Pedro en el 577, han desaparecido las actas y sólo conocemos la existencia por la alusión del Turonense, *Hist. Fran.* V, 19.

jaban; pero el rey, en lugar de apaciguarse montó en cólera y aduciendo un canon por el que se prescribía que todo obispo reo de un crimen semejante debía ser depuesto, conforme a lo que mandaba el salmo 108, donde se impone, con increpaciones contra Judas Iscariote, que sea depuesto y que el lugar que él ocupaba, se dé a otro. Meroveo, por su parte, fue traicionado por unos falsos seguidores y, al verse en peligro de muerte, uno de sus íntimos, a quien había encomendado este macabro encargo, se acercó a él con una espada desnuda y se la clavó, dándole muerte y echando así trágicamente por tierra uno de los más fuertes obstáculos para que un hijo de Fredegunda ascendiera al trono ¹².

Destierro, reposición y martirio de Pretextato

Ya hemos indicado las graves acusaciones de Chilperico contra el obispo Pretextato, que había asistido y autorizado el matrimonio del príncipe Meroveo con su tía Brunequilde y, según se le acusaba, había sobornado a los súbditos del rey su padre para que se pasaran a los leales de su hijo Meroveo. Negó rotundamente tales acusaciones Pretextato. Pero —como se ha dicho— mal aconsejado y para verse libre y perdonado, optó por declararse culpable; pero la promesa del perdón real, que se le había asegurado, no fue tal, porque el rey encolerizado exigió que Pretextato fuera depuesto y que los obispos le anatematizaran, pronunciando sobre él las tremendas maldiciones bíblicas lanzadas sobre los grandes criminales.

También hemos indicado que el obispo fue desterrado a Normandía. En el 584 se cumplieron siete años del destierro. Chilperico con Fredegunda se encontraba en París. Durante sus estancias en la ciudad acostumbrada a dedicar muchas jornadas a la caza. Al regresar de una de ellas en este 584, cuando, ya entrada la noche, estaba descabalgando, se destacó de entre los presentes un hombre que le clavó un puñal bajo la axila y con un nuevo golpe le perforó el vientre, produciéndole una copiosa hemorragia tanto por la boca como por las heridas, ocasionando la muerte de Chilperico, tras un período de más de veinte años de reinado.

Gregorio de Tours, que no suele ensañarse en sus juicios, nos ha dejado de él una viñeta muy negra al descubrirle como Nerón de nuestro tiempo y émulo de Herodes, que a nadie demostró afecto y por nadie fue amado. Amortajado con sus más ricos vestidos fue inhumado en la iglesia de San Vicente, de París ¹³.

12 Gregorio DE TOURS, *o.c.*, I.V. c.21.

13 Gregorio DE TOURS, *o.c.*, I.V. c.46.

Muerto Chilperico, Pretextato pudo volver del exilio y solicitó del rey Gotranno la total revisión de su pasado proceso, en contra del parecer de su cordial enemiga Fredegunda, quien aseguraba que el obispo había sido depuesto en el concilio de París por cuarenta y cinco obispos. Pero se le convenció a Gotranno que no había sido depuesto sino penitenciado, y sus antiguos diocesanos le recibieron exultantes de júbilo y repusieron en su sede y el rey le sentó a su mesa ¹⁴.

Pero el empecinamiento de Fredegunda no cedía. Ella no podía verse satisfecha con la victoria de Pretextato, de quien no podía acallar las palabras que él profería, afirmando una y otra vez: “Yo siempre, en el exilio y fuera de él, he sido obispo y lo seré. Mientras que tú no siempre podrás ostentar tu poder real. Nosotros desde el exilio hemos sido promovidos el reino; mientras tú desde este reino serás sumergida en el abismo”. La acusación era muy dura para aquella altanera mujer, acostumbrada a imponer su voluntad; por eso un domingo de Resurrección, cuando el obispo había madrugado mucho para preparar el ceremonial de su actuación litúrgica y se dirigía a la iglesia, le salió al paso un sacrílego homicida que, sacando del cinturón un puñal, se le clavó en el pecho. Nadie acudió a socorrerle y el herido, sobre un charco de sangre, extendió las manos sobre el altar, mientras rezaba, siendo conducido a su habitación y metido en el lecho. Fredegunda y sus colaboradores, hipócritamente, ofreció a sus médicos para que atendiesen al herido; pero el obispo previendo su muerte rechazó el ofrecimiento, exhortando nuevamente a la reina que se arrepintiese de sus crímenes, “pues Dios sería el acusador de su sangre” y ordenando las cosas de su diócesis, expiró. El pueblo se amotinó contra la reina homicida, diciendo uno de sus representantes: “Muchos males perpetraste en tu vida, pero el mayor de todos ha sido el que mandases asesinar al sacerdote de Dios. Sea Dios rápidamente el vengador de esta sangre inocente, pues todos seremos testigos de este crimen, para que tú no sigas por mucho tiempo perpetrando acciones tan crueles” ¹⁴.

Todo el pueblo fiel lloró amargamente el asesinato de su obispo y la diócesis fue puesta en entredicho, hasta que se descubriera quien había sido el autor material del crimen.

Pretextato fue considerado mártir de la fe por la iglesia de Francia, siendo canonizado por Sixto V (1585-1590) y celebrándose su fiesta el 24 de febrero.

¹⁴ *Ibidem*, I.VII,c.21.

¹⁴ Gregorio TURONENSE, *o.c.* I.VII,c.16 y I.VIII,c.31 narra muy detalladamente estos episodios, que omitimos por no cargar el texto de largas citas latinas.

El triste destino de Brunequilde

Superviviente de todas estas tragedias, todavía sobrevivía aquella hija menor de Atanagildo, Brunequilde, en quien se cifraron tantas esperanzas de dicha y paz y que tantas peripecias le tocó presenciar. Madre de Childeberto II, a la muerte de éste a fines del 595 la reina madre debió hacerse cargo de sus nietos Teudeberto II y Teodorico II; pero durante su regencia y tutoría adoptó una conducta dictatorial, enfrentándose con la aristocracia. Iniciada la lucha, Brunequilda fue hecha prisionera y conducida lejos del reino, requerida por Clotario II, quién la condenó como causante de varios crímenes, aunque de la mayoría de ellos no tuvo la culpa: pero se la sometió al increíble suplicio de ser transportada durante tres días sobre un camello y paseada entre el ejército, cuando ella debió ser más que sexagenaria, y después atada y desnuda fue amarrada a la cola de un caballo desbocado que la arrastró por caminos ásperos con un castigo indescriptible, que puso fin a su ajetreada vida en el año 613 ¹⁵.

15 FREDEGARIO *Chronica*, IV, 16. Conf. L. DUCHESNE, *Fastes épiscopaux de l'ancienne Gaule*, II, 207 sgs. (Paris, 1907-1915).

Pensamos haber reunido en estas notas, inédita y poco conocidas, una colección de fichas que pueden ampliar algunas referencias sobre los familiares de los reyes visigodos de Toledo.